



Discurso para hombres jóvenes

Un sermón de George Müller de Bristol

Predicado por George Müller en la Capilla Bethesda, Great George Street, Bristol, el domingo 12 de octubre de 1873.

“Alégrate, joven, en tu juventud; y alégrese tu corazón en los días de tu juventud, y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero debes saber que por todas estas cosas Dios te juzgará. Quita, pues, la pena de tu corazón, y aparta de tu carne el mal, porque la niñez y la juventud son vanidad” (Eclesiastés 11:9-10).

“Acuérdate ahora de tu Creador en los días de tu juventud, mientras no lleguen los días malos, ni se acerquen los años cuando digas: No me complazco en ellos” (Eclesiastés 12:1).

Se me ha pedido que predique esta noche más particularmente a los jóvenes, a los queridos jóvenes; y como yo mismo he sido un joven, y sé lo que es ser un joven fuera de Cristo, y un joven en Cristo, un creyente en el Señor Jesús, cumplí alegremente con la petición. Yo mismo viví hasta los veinte años y unas pocas semanas antes de convertirme, y por eso sé por experiencia lo que es ser un joven fuera de Cristo; sobre todo cuanto se considera que, aunque solo tenía veinte años, tuve la experiencia de quien tenía treinta o treinta y cinco años; porque yo había sido, desde los diez años y medio, por así decirlo, mi propio maestro, y había visto mucho, muchísimo, de la vida cuando cumplí los veinte. Sin embargo, como yo era solo un joven de veinte años cuando me convertí, sé por experiencia lo que es ser un joven creyente en el Señor Jesús y, por lo tanto, con gusto cumplo con la petición de predicar a mis queridos jóvenes amigos. Pero si bien el tema que les presentamos esta noche es importante para los hombres jóvenes, también lo es para todos nosotros, para los hombres y mujeres jóvenes, para los hombres y mujeres de mediana edad, para los hombres y mujeres ancianos y mayores; porque la verdad, tal como es en Jesús, debe ser siempre importante para todo ser humano. La porción que he leído es una que más especialmente, por el Espíritu Santo, está dirigida a los jóvenes; y de todas las partes del Testimonio Divino para la ocasión, no conozco ninguna más adecuada que la que he estado leyendo.

Ahora leeremos de nuevo, poco a poco, esta porción, y meditaremos en ella, según nos ayude Dios: “Alégrate, joven, en tu juventud; y deja que tu corazón se alegre en los días de tu juventud, y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos”. Lo primero que tenemos que tener especialmente ante nosotros con respecto a esta declaración no es que el Espíritu Santo estuviera animando a las personas, ya sean hombres o mujeres jóvenes o a cualquier ser humano, a vivir de acuerdo con sus propios gustos. Supongamos esto. La declaración es precisamente del mismo carácter que encontramos al final del bendito libro de Dios, en el último capítulo del libro de Apocalipsis, en el undécimo versículo, donde leemos: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es justo, sea justo todavía; y el que es santo, sea santo todavía. Y he aquí, vengo pronto; y mi galardón

conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”. Estos dos versículos deben tomarse en conexión, así como la primera parte de este noveno versículo en el capítulo once de Eclesiastés debe tomarse en relación con la última parte del mismo versículo. El Espíritu Santo declara aquí lo que se verá con respecto a los jóvenes: el gusto natural del corazón de los jóvenes, es decir, agradarse a sí mismos; seguir su propio camino; gratificarse a sí mismos; caminar según la vista de sus propios ojos. No se dice a modo de aliento del Espíritu Santo que deben hacerlo. Mucho menos es aprobado por el Espíritu Santo. como si no hubiera ningún daño en todo esto. El hecho se refiere simplemente, como ocurre entre los hombres, cuál es la conducta común entre los hombres y cuál es la tendencia natural de la juventud. A todos nos pasó lo mismo; lo mismo, no solo con hombres y mujeres jóvenes, sino lo mismo con hombres y mujeres de mediana edad, con hombres y mujeres ancianos. Nos gusta seguir nuestro propio camino, complacernos y gratificarnos a nosotros mismos, y actuar de acuerdo con los mandatos de la naturaleza. Esta es la declaración del Espíritu Santo, tal como la encontramos en el último capítulo del libro de Apocalipsis, pero con esta adición solemne, importante y trascendental: “He aquí, vengo pronto, y mi recompensa está conmigo”; y aquí el Espíritu Santo agrega: “Por todas estas cosas, Dios te juzgará”.

“Alégrate, joven, en tu juventud; y que tu corazón se alegre en los días de tu juventud, y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos”. Ahora, al revés de todo esto, el Espíritu Santo les diría lo que debiera ser el caso.

En primer lugar, “Alégrate, joven, en tu juventud”. ¿Debemos regocijarnos en nuestra juventud? La declaración del Espíritu Santo una y otra vez es: “Regocijaos en el Señor”. Nuestra fuerza es ser felices en el Señor. Esto se nos ordena, esta es la voluntad del Señor para con nosotros: regocijarnos en el Señor, y no regocijarnos en la juventud.

Además, “Que tu corazón se alegre en los días de tu juventud”. ¿Nuestros propios corazones nos animan? Los consuelos del bendito Evangelio son para alegrarnos, no nuestros propios corazones. El que confía en su propio corazón, y el que busca en su propio corazón, para encontrar allí una fuente de felicidad, es un necio; y por lo tanto, ese no puede ser el significado. Pero es simplemente la declaración del Espíritu Santo sobre cómo es entre los hombres, cuál es la tendencia entre los hombres y cómo se encuentra entre los hombres. Entonces, no significa en absoluto que debamos alegrarnos por el hecho de que somos jóvenes.

“Y anda en los caminos de tu corazón”. En verdad, ¿es esto lo que está ordenado? ¿puede ser así? El andar por los caminos de nuestro propio corazón sería el camino de los transgresores. Naturalmente, estamos lejos de Dios; naturalmente hacemos cosas que son aborrecibles para Dios, que son todo menos agradables para Él. Lo que se ordena al ser humano es caminar en los caminos del Señor; y por lo tanto, no puede significar aquí que es agradable a Dios; pero simplemente se establece cuál es la tendencia de los jóvenes: andar en sus propios caminos, sin querer ser dirigidos por las órdenes de Dios, por los caminos de Dios.

Y luego, más adelante, “En la vista de tus ojos”. Esto nos gusta naturalmente, pero lo que se inculca en las Sagradas Escrituras es esto: andar a la vista de Dios, andar según la

mente de Dios, andar a la luz del rostro de Dios, andar de tal manera que no nos salgamos de la vista de Dios. Esta es la voluntad del Señor con respecto a nosotros. Y, por lo tanto, en primer lugar, esto debe quedar establecido en nuestros propios corazones, que aquí está la declaración del Espíritu Santo, no a modo de elogio, al revés, solo la simple declaración del Espíritu Santo en cuanto a lo que es común entre los hombres, cuál es el resultado de nuestro estado caído, mientras no estemos en Cristo nos regocijamos en las cosas que son de acuerdo con nuestra naturaleza, en lugar de regocijarnos en las cosas que son conforme a la mente de Dios. Pero es esto último, y solo lo último, lo que trae alegría, paz y felicidad reales y verdaderas al ser humano; y el primero nunca lo hizo, nunca lo hará, nunca podrá. No está contenido en lo que este mundo brinda, ni siquiera en relación natural, ni en el estado del hombre en cuanto a sus variados progresos, no es posible que, en ninguna de estas cosas, se pueda encontrar alegría real, felicidad real; pero solo en comunión con Dios, en unidad con Dios, al haber eliminado, por la gracia de Dios, la distancia que hay entre Él y nosotros, mediante la fe en el Señor Jesucristo, podemos encontrar la paz y la felicidad.

Ahora bien, esto no es una suposición mía, sino que evidentemente es la mente de Dios, pues inmediatamente encontramos en la segunda parte del versículo, donde se dice: “Por todas estas cosas, Dios te llevará a juicio”. Si el Espíritu Santo recomendara que un joven se regocijara por el hecho de que es joven; si el Espíritu Santo recomendara que su corazón se alegrara en los días de su juventud; si el Espíritu Santo le recomendara que anduviera en los caminos de su propio corazón y en la vista de sus propios ojos, entonces, ¿por qué este añadido? ¿por qué este contraste? Es una prueba clara de que es exactamente lo contrario de lo que el Espíritu Santo quiere que hagamos; porque, como dije antes, Él quiere que nos regocijemos en el Señor. Quiere que seamos alentados por los consuelos del Evangelio, Él quiere que andemos en los caminos de Dios, Él quiere que caminemos a la luz del rostro de Dios. Esto es de acuerdo con la mente de Dios, y no lo otro. Sin embargo, si los jóvenes están decididos a seguir su propio camino, que escuchen la palabra del Señor: “Pero debes saber que por todas estas cosas Dios te juzgará”.

¿Qué, entonces, si somos llevados a juicio? Si todas nuestras malas acciones se presentan ante Dios y se dicta sentencia de acuerdo con nuestras acciones; si todas nuestras palabras, las decenas y decenas de miles, y los cientos y cientos de miles de palabras que pronunciamos, desde el momento en que somos traídos al mundo hasta el momento en que somos sacados de él; y si todos los pensamientos y deseos, las inclinaciones y propósitos que se han hallado en nuestros corazones, son probados por el ojo escrutador de Dios, y pesados en Su balanza, ¿Cuál será el fin de esto? ¿Cuál puede ser el final de esto, sino escuchar esa terrible frase, “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles”? ¡Oh! ¿Qué nos sucedería si una vez se nos tratara de acuerdo con nuestros hechos, nuestras palabras, nuestros pensamientos? Deberíamos deshacernos y deshacernos por la eternidad; y, por lo tanto, el punto solemne y trascendental con respecto a esta última parte del versículo no es solo que nos dice que el significado de la primera parte del versículo no puede ser el significado, sino que también, por esta última parte del versículo, somos conmovidos hasta lo sumo, y somos rogados y suplicados por Dios al máximo (si se me permite usar las palabras), con toda sinceridad, con toda diligencia, con toda prisa, a aferrarnos a Cristo, asirnos de las ofertas del Evangelio, creer en el Señor Jesucristo para la salvación de nuestras almas, a fin de que no

tengamos que estar ante el tribunal del juicio del Señor Jesucristo, y escuchar esa horrible frase a la que me he referido. No hay posibilidad de escapar del castigo y del infierno, sino creyendo en el Evangelio. No hay posibilidad de tener gozo y felicidad eternos, sino a través de la fe en la muerte expiatoria del Señor Jesucristo; y si hubiera existido la posibilidad de que cualquier ser humano se salvara de alguna otra manera, Dios no habría entregado el más selecto, el más precioso de todos los dones que tenía para dar, su Hijo Unigénito. Pero cuando vio que estábamos perdidos y deshechos, y su corazón estaba lleno y deseoso de amor, su corazón lleno de compasión por los perdidos y arruinados y culpables, Él, en las riquezas de su gracia, les dio el regalo más selecto que tenía para dar, su Hijo Unigénito, y lo magulló y lo hirió y puso sobre Él el castigo de todos nosotros; y Aquel bendito soportó, en nuestro lugar, todo el castigo que le correspondía a los que depositan su confianza en Él.

Ahora bien, el gran punto antes de continuar es este: en primer lugar, les pregunto a mis queridos jóvenes amigos, a los queridos jóvenes a los que me refiero más particularmente esta noche, ¿Cómo les va? ¿Te has aferrado a Cristo o no? ¿Has aceptado las ofertas del Evangelio o no? ¿Estás en Cristo o fuera de Cristo? Lo siento por ti; bien puedo penetrar en tu estado. Estuve fuera de Cristo durante muchos años, y ¡oh! las miles de veces que he deseado haber conocido al Señor mucho más joven. Había, sin embargo, esta diferencia entre tú y yo; nunca escuché el Evangelio hasta que tuve veinte años y cinco o seis semanas de edad; nunca me reuní con un cristiano hasta que tuve veinte y cinco o seis semanas. Nunca entendí acerca de la muerte expiatoria del Señor Jesús hasta entonces. Vosotros, al menos casi todos, si no todos, habéis escuchado el Evangelio una y otra vez; algunos de vosotros, puede ser, muchas veces. A la mayoría de vosotros, si no todos, se les ha suplicado y rogado muchas veces que crean en el Evangelio; por lo tanto, ved la diferencia. Ahora, sed suplicados y rogados al fin; ¡Oh! Permíteme suplicarte y rogarse que entregues sin demora tu corazón al Señor. Y si quieres otro testimonio, aunque me atrevo a decir que has tenido testimonio tras testimonio antes, te digo que es un error cuando las personas suponemos que nunca tendremos una hora feliz si, cuando somos jóvenes, creemos en el Evangelio; ése es un grave error; es al revés. Es precisamente esta misma recepción del Señor Jesucristo lo que da real alegría, verdadera felicidad y alegría de corazón. Lo otro es una mera fantasía, una alegría de ensueño; no hay realidad en ello; no trae nada más que un corazón dolorido después, cualquiera que sea la alegría aparente del momento.

Sé por mi propia experiencia lo que es con todas las fuerzas buscar disfrutar del mundo, porque lo hice al máximo, y tuve más oportunidades que muchos para hacerlo; y no fue más que vanidad y miseria y desdicha lo que trajo.

Entonces, de nuevo, por otro lado, sé lo que es, siendo un joven, ser cristiano; porque, como les dije, tenía unos veinte años y cinco o seis semanas cuando fui llevado al conocimiento del Señor; y luego, habiendo encontrado al Señor, me sentí feliz, y antes de que terminara la primera noche, en la que fui llevado al conocimiento del Señor, dije a mis antiguos compañeros de viaje: ¿Cuáles son todas nuestras alegrías y nuestros placeres en el viaje a Suiza en comparación con esta noche? Eso fue el mismo comienzo de mi vida divina; y ahora han pasado cuarenta y ocho años, y doy testimonio, para alabanza, honra y gloria de Dios, que nunca me he cansado de Cristo, sino que cuanto más ando en los

caminos de Dios, más encuentro cuán verdadera es la Palabra del Señor, que los caminos de la sabiduría son caminos de placeres y paz; que el verdadero gozo, la verdadera felicidad, la verdadera bendición, la verdadera paz, el verdadero consuelo, realmente, se obtienen por la fe en el Señor Jesús. Solo yo añado esto, debes ser un cristiano sincero; no se puede sostener con una mano el mundo y con la otra a Cristo. De lo contrario, sería un ser miserable; y si hay alguno aquí presente que quiera al mundo y a Cristo, que se quede con el mundo, porque no puedes tener ambos. No puedes tener nada más que la perdición si te aferras al mundo, porque está bajo condenación, y serás condenado con el mundo si no lo dejas ir; pero si tienes la intención de dejar ir el mundo y aferrarte a Cristo, y ser un discípulo sincero del Señor Jesús, te digo esto, como un hombre honesto, serás un hombre feliz. ¡Oh! Cuán feliz, cuán inefablemente feliz, cuán bendita tu porción como siervo del Señor Jesucristo. ¡Oh! Es una bendición ser discípulo del Señor Jesucristo.

Por tanto, queridos jóvenes, dejad de creer más en la mentira del diablo; y a vosotras, jovencitas, os digo lo mismo; y a ustedes, hombres y mujeres mayores, les digo lo mismo; a todos los aquí presentes, e incluso a los niños y niñas aquí presentes, les digo lo mismo; si alguna vez llega a tu mente un susurro del diablo diciéndote que todo gozo y felicidad desaparecerán si te hicieras cristiano, es todo lo contrario. El verdadero gozo, la verdadera felicidad, la verdadera bienaventuranza, solo comienza con el día en que obtengamos vida espiritual a través de la fe en el Señor Jesucristo; porque entonces llega el momento en que nuestros pecados son perdonados; luego llega el momento en que nos convertimos en hijos de Dios a través de esta fe en el Señor Jesús; luego llega el momento en que nos convertimos en herederos de Dios y coherederos con Cristo a través de esta fe en el Señor Jesucristo; entonces llega el momento, y solo entonces, de que puedas acostarte en paz por la noche, sabiendo que, si fuera la última vez, y no despertaras más en este mundo, no levantarías los ojos atormentados, sino en el cielo. Desafío a cualquier querido joven aquí presente, que me muestre cualquier camino que me haga tan feliz como este, a saber que si esta fuera la última noche, despertaría en el cielo y no en el tormento. ¡Oh, cuánto vale esto! ¡Oh, qué bendición es esta única cosa! ¿Qué puede dar todo el mundo en comparación con esta única cosa: saber que, si esta fuera nuestra última noche, el cielo sería nuestra porción y no el lugar de tormento? ¿No vale algo? Hablas de la felicidad en la mesa de billar: lo sé; y es miseria, y nada más. Hablas del disfrute del teatro: lo sé, por encima de muchos de vosotros, si no de todos; Estuve allí innumerables veces y me apasionó el teatro; ¿Y luego qué? La miseria y la desdicha fueron el resultado. Hablas del salón de baile: ahí estaba yo; - Ahí estaba yo, y a las dos o tres de la mañana salí del salón de baile con un malestar de estómago.

Sé todo esto, la miseria y desdicha que da, en lugar del verdadero disfrute y felicidad. Hablas de los placeres de la lectura: yo también los conozco; porque cuando tenía solo trece años sacaba mis libros por mes de la biblioteca y los devoré con todo entusiasmo, volumen tras volumen. Y hablas sobre el aprendizaje y el disfrute en esto.

Estuve en la escuela desde los cinco años, hasta los diecinueve y medio, cuando fui a la universidad con testimonios honorables, y estuve cuatro años; y luego el estudio no había terminado, porque cuando llegué a Inglaterra seguí con hebreo, caldeo, etc. ¿Y qué encontré? Ese aprendizaje en sí mismo no da felicidad, no felicidad real y verdadera. Cristo, y solo Cristo, da felicidad real y verdadera. Sé siete idiomas; y con todo esto me

habría ido al infierno, si no hubiera sido porque conozco a Cristo. ¡Oh, la bendición de ser discípulo del Señor Jesús! ¡Oh! Mis queridos jóvenes amigos, sean hombres o mujeres, o niños pequeños, permitidme hablarles de la bienaventuranza, la bendición de ser un creyente en el Señor Jesucristo. Solo sé un cristiano sincero. Es esta mente desganaada la que hace que los hombres no sean seres realmente felices. No puedes ser feliz si quieres sostener al mundo con una mano y a Cristo con la otra; pero en el momento en que llegues a la determinación de que no te detendrás entre dos opiniones y de que serás un cristiano sincero, serás feliz. Conozco la dificultad de esto; porque, cuando me convertí, era casi el único creyente de los 1260 jóvenes que eran estudiantes en la universidad; y me conocían, que había estado en el salón de esgrima para aprender esgrima, para poder pelear un duelo si alguien me insultaba. Ellos me conocieron. “Ahí está el místico”, como me llamaban; y me señalaron con el dedo. Pero esas burlas duraron unos días o unas semanas como mucho; y, por la gracia de Dios, me coloqué en el lado de Cristo con dos o tres estudiantes de los 1260, y el resultado fue que yo fui un hombre feliz. Y el resultado es que he sido un hombre feliz. Pero debe quedar una cosa clara. Y por lo tanto, esto es lo que les diría afectuosamente a los que todavía están fuera de Cristo: “Solo sean rectos y honestos”. Ustedes que son creyentes en el Señor Jesús, permítanme decirles esto con afecto: “Que estén al lado de Cristo al cien por cien y no tengas el corazón dividido”. El diablo buscará, si no puede traerte de regreso a él, al menos en algún grado que regreses al mundo. Ahora déjame suplicarte cariñosamente y rogarte que te mantengas por completo en el Cristianismo, y entonces el resultado será este: serás un hombre feliz. Así debería ser con todos los discípulos del Señor Jesús. Me dolería muchísimo si la gente pudiera vivir conmigo un mes en casa y no dar este testimonio, que el Sr. Müller es “un hombre feliz”, y un hombre feliz es lo que deseo ser; y un hombre feliz es lo que soy. Es Cristo quien me hace feliz; porque hay algo indeciblemente bendito en esto, que cuanto más viejo se hace uno, cuánto más se acerca el final del viaje, más brillante es la bendición de la perspectiva; con el cielo como el hogar, acercándose cada vez más a las puertas. ¡Oh, qué bendición es estar en Cristo! Y deseo esta bendición para todos mis amados y queridos amigos jóvenes a quienes me refiero más especialmente esa noche. Es una bendición ser creyente en el Señor Jesús.

“Pero debes saber que por todas estas cosas Dios te juzgará. Aparta, pues, de tu corazón el dolor, y de tu carne el mal; porque la niñez y la juventud son vanidad”. Si actuamos de acuerdo con la declaración de la primera parte del noveno versículo, el resultado será este: dolor en el corazón y mal en la carne. Por cierto, mencionaría aquí que “carne” debe entenderse aquí como “el cuerpo”. Eso no significa la naturaleza vieja y corrupta, significa el cuerpo. Ahora bien, si andamos según los caminos de nuestro propio corazón, según la vista de nuestros propios ojos, es seguro que, tarde o temprano, vendrá más o menos dolor al corazón, y que vendrá el mal, incluso al cuerpo, como resultado seguro.

La voluntad de Dios es que los jóvenes quiten el dolor de su corazón y el mal de su cuerpo; pero, si los jóvenes caminan de acuerdo con sus inclinaciones naturales, traerá - debe traer - dolor. ¡Oh, cuánto dolor! Que todos los queridos jóvenes sigan sus propios deseos: tristeza sobre tristeza traerá, no solo al corazón, sino también al cuerpo, en la mayoría de los casos; y no solamente mal para el cuerpo, sino muchas veces la muerte prematura. ¡Oh, con qué frecuencia se ve que no solo la enfermedad del cuerpo, sino

incluso una muerte prematura, proviene de caminar de acuerdo con la inclinación natural y la mente carnal!

Entonces, si deseas quitar el dolor de tu corazón y el mal de tu cuerpo, el camino es andar según la mente del Señor, que comienza, en primer lugar, con la recepción del Evangelio, recibiendo a Cristo, y luego, después, continuando en Cristo. Permanece en Cristo, procura agrandar al Señor y actúa de acuerdo con la mente del Señor. Es por esto, y solo por esto, que el dolor puede mantenerse alejado del corazón y el mal puede mantenerse alejado del cuerpo. ¡Oh, cuán profundamente importante es prestar atención a estas cosas! Y vemos que es solo la bondad del corazón de Dios lo que nos trae esta bendición; porque el Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se vuelva de sus malos caminos y viva. Esto no es todo. Si los jóvenes son creyentes, Dios desea que sean creyentes felices, verdaderamente felices. Sin embargo, esto no puede ser, a menos que permanezcan en Cristo. Esta es la única manera por la que el dolor puede eliminarse del corazón y por la cual el mal puede mantenerse alejado del cuerpo. Enfermedades horribles que muchos queridos jóvenes se traen a sí mismos, e incluso la muerte prematura, porque no atienden estas cosas.

Y luego se agrega, a modo de precaución, “Porque la niñez y la juventud son vanidad”. La palabra “juventud” en hebreo significa “el comienzo del día”, “el romper del día”, y por lo tanto la figura se lleva a cabo aquí. “La niñez y la mañana de la vida son vanidad”. La vanidad aquí significa “de carácter pasajero, - pasa, no dura mucho - se va”.

Ahora bien, este es también un punto que debemos mantener ante nosotros. Es muy importante, en primer lugar, con respecto a esta vida, que la juventud es de carácter pasajero, que muere. Por tanto, en la niñez y en la juventud, lo mejor es hacer buen uso del tiempo, los talentos y la fuerza. El cultivo de la mente es muy importante. Por lo que he estado diciendo, no debéis suponer ni por un momento que quiero decir que no vale nada que uno sepa esto o lo otro, o que la mente esté bien cultivada; no pretendo que se entienda tal cosa por lo que estoy diciendo. Simplemente quiero decir que estas cosas no son nada en comparación con lo más selecto y principal de todo el bien que podemos tener: la fe en el Señor Jesucristo. Es importante que los jóvenes aprovechen bien su tiempo, incluso en lo que respecta a esta vida; como la niñez y la juventud son de carácter pasajero, mueren, por tanto, la mente debe cultivarse.

Las cosas que son provechosas para esta vida deben aprenderse, y aprenderse, entre otras razones, para que en el futuro sean útiles incluso en la causa de Cristo. Me acabo de referir a los idiomas. Cuando aprendí francés, por ejemplo, y otras lenguas, no pensé que alguna vez serían útiles al servicio de Cristo; pero después le agradó a Dios ordenarlo en Su providencia que a veces tenía seis misioneros durante cinco y seis meses a la vez en mi casa, y había tres idiomas diferentes que se hablaban en mi mesa: alemán, francés e inglés. Ahora bien, el solo hecho de conocer estos idiomas me ayudó en la causa de Cristo. Ahora continúo mi correspondencia en tres idiomas diferentes: francés, alemán e inglés. Éstos, en la causa de Cristo, han sido muy útiles. No es que sea mi intención hacer hincapié en estas cosas, como si fueran tan importantes que no habría felicidad sin ellas. No es esto; porque el gran punto, después de todo, permanece: ser un discípulo del Señor Jesús, y andar en los caminos de Dios. Pero, si tenemos la oportunidad, aprovechémosla.

No debemos despreciar las oportunidades, ni dejarlas a un lado, sino hacer un buen uso de ellas; porque la juventud pasa, es de carácter pasajero, no dura y, por lo tanto, el tiempo debe emplearse útilmente en el cultivo de la mente y en familiarizarse con los asuntos de esta vida, todo lo cual puede después ser usado, no solo con respecto a esta vida, sino en el servicio del Señor, y para la gloria de Dios.

Pero aunque es importante con respecto a los asuntos de la vida y las cosas relacionadas con esta vida, hacerlo, es infinitamente más importante con respecto a los asuntos eternos, porque la niñez y la juventud no son duraderas, son de carácter pasajero; por lo tanto, el punto trascendental es que, siendo aún jóvenes, debemos entregar nuestro corazón al Señor. No posponerlo para este o aquel momento. ¿Suponemos que nunca llega el momento? E incluso si llegara el momento, el corazón naturalmente se vuelve más y más duro, y por lo tanto, la pérdida se sostiene al posponerlo. Pero las preocupaciones de esta vida vienen después de un tiempo, y luego la menor inclinación a entregar el corazón al Señor. Por tanto, el gran objetivo, tanto en esta vida como especialmente en el mundo venidero, debe ser aprovechar al máximo la infancia y la juventud, que están desapareciendo.

Antes de pasar al último versículo de nuestro tema, hago una pausa y la pregunta: ¿Cuántos han entregado el corazón al Señor? Veo a varios jóvenes queridos ante mí, tanto hombres como mujeres. ¿Cuántos han entregado el corazón al Señor? También veo a algunas personas muy jóvenes: niños. ¿Han entregado el corazón al Señor? No quiero que me respondas la pregunta, pero te suplico y ruego, con sinceridad, con rectitud, con piadosa seriedad, que respondas la pregunta a Dios mismo, quien, por Su Espíritu, pone la pregunta en tu corazón: “¿Eres tú mío o del diablo? ¿Eres para Cristo o para el mundo?”. ¿Cómo se puede vacilar entre dos opiniones?

La juventud y la infancia tienen un carácter pasajero; lo pospones y crees que hay tiempo suficiente. ¿Cómo sabes que hay tiempo? ¿Qué pasa si, cuando llegas a casa esta noche, te dejan fuera de combate? ¿Qué pasa si, por la noche, te sobreviene el cólera, o si alguna otra enfermedad te sobreviene y obliga a marcharte rápidamente? ¿Entonces qué? Será demasiado tarde.

¡Oh, os ruego y suplico, queridos amigos jóvenes! Tened la seguridad de esto, que cuanto más escuches del Evangelio; y cuanto más rechazas las invitaciones del Evangelio, más duro se vuelve tu corazón, más te alejas de Cristo, más te adentras en los caminos del diablo, más amas el mundo. ¡Oh, os ruego y suplico!

El último versículo: “Acuérdate ahora de tu Creador en los días de tu juventud, mientras no llegen los días malos, ni se acercan los años en que digas: No me complazco en ellos”.

¿Cuál es la importancia de esto? En primer lugar, juzgo que lo que el Espíritu Santo traerá ante los seres humanos es esto: que los seres humanos, especialmente la parte joven de los seres humanos, deben mantener ante ellos solemne, profunda, grave, seriamente, que hay un Creador. Ahora todos en este país saben que creen. Pero el mero conocimiento superficial no es suficiente; tiene poca importancia en comparación con la realidad. Lo que

el Espíritu Santo quiere que mantengamos ante nosotros es que somos criaturas y que tenemos un Creador.

El versículo que tenemos ante nosotros implica varios puntos. En primer lugar, implica esto: “Que la criatura está sujeta al Creador”. Esto no podemos tenerlo suficientemente presente en nuestro corazón. Implica además: “La criatura fue hecha para el honor y la gloria del Creador”, Nunca podremos tener esto suficientemente ante nuestros ojos. Implica más: “Que debido a que la criatura está hecha para el honor y la gloria del Creador, por lo tanto, la criatura debe vivir para que se mantenga el honor del Creador”. ¿De qué manera puede la criatura humana, sobre todas las cosas, honrar al Creador? En primer lugar, aceptando al más selecto de todos Sus dones, el Señor Jesucristo; y quien no ha aceptado a Cristo nunca honró al Creador.

Crees que esto es un dicho difícil; puede ser. Lo repito solemnemente: Todos los aquí presentes, que no han aceptado a Cristo, ya sean de quince años, veinte o veinticinco años, ni una sola vez, en toda su vida, honraron al Creador. No existe tal cosa como que honremos al Creador, mientras que el don más selecto, el don más precioso, este don inefable, que le costó tanto, Su Hijo Unigénito, no sea aceptado. Vete a casa con esta creencia, que tienes quince, veinte o veinticinco años, y ni una sola vez, ni un solo minuto de tu vida, honraste a Dios, porque no has aceptado a Cristo.

Esta no es una declaración apresurada. Es mi convicción deliberada: como hombre de Dios, la doy como mi convicción deliberada. Todo lo que has hecho, todo lo que has dicho, nunca pudo, nunca lo ha hecho, nunca ha tendido a honrar a Dios mientras no hayas recibido el Evangelio. Por lo tanto, lo primero, si quieres honrar a Dios el Creador, si te das cuenta de lo que significa “honrarle”, debes aferrarte a Cristo; debes aceptar el Evangelio; debes sentenciarte a ti mismo como un pecador arruinado, culpable y perdido, y creer en el Señor Jesucristo para la salvación de tu alma. Debes poner toda tu confianza, y solo confianza, en la muerte expiatoria del Señor Jesucristo. Esto, y solo esto, Dios consideraría como honrarle.

Entonces, si has recibido el Evangelio, permanece más en Cristo. Procura agradar a Jehová Jesús, quien habló la palabra; todo lo que existe fue creado por Él, y Él es el constructor del universo. Permanece en Él; busca agradarle; trate de actuar de acuerdo con Su mente. Eso Él lo considera como la forma más selecta y preciosa de recordar a su Creador.

Por último: “Mientras no vengan los días malos, ni se acerquen los años cuando digas: No me complazco en ellos”. Esto es exactamente lo contrario de lo que un joven dice naturalmente: “Soy muy joven; hay tiempo suficiente; cuando sea mayor me ocuparé de estas cosas”. Todo lo contrario de lo que Dios dice: “Antes que vengan los días malos”; esa es la voluntad del Señor. Cuando los hombres avanzan en la vida, surge el peligro de no prestar atención a estas cosas. Debido a que el corazón se ha endurecido tanto, porque los afanes de esta vida excluyen a Cristo, debido a innumerables problemas, una familia numerosa, varios niños para establecerse en la vida; por lo tanto, este, el más trascendental de todos los asuntos, no debe posponerse. ¡Oh, cuán sabio, cuán infinitamente sabio es Dios! Pero el diablo, como ves, siempre está en contra de Dios;

siempre está colocando las cosas bajo la luz opuesta. Dios dice: “Antes que vengan estos días”. La naturaleza dice: “Lo pospondré hasta que sea un anciano, o hasta que sea una anciana”. El diablo susurra: “Hay tiempo suficiente cuando llegues a tu lecho de muerte”. ¿Cómo sabes que alguna vez llegarás a tu lecho de muerte? La próxima vez que viajes, ¡llega de repente! Y en un instante tienes un accidente ferroviario; la próxima vez que montes en un carruaje, el caballo se va, y en un instante te echan fuera y a la eternidad; la próxima vez que salgas, una teja cae sobre tu cabeza desde el techo, y en un instante estás en la eternidad. ¡Oh! ¿Cómo sabes que vivirás un solo día más? ¡Cuán absolutamente falaz es posponerlo para la vejez, para este o aquel momento! El momento presente, y solo el momento presente, es el tiempo, y por lo tanto solo el momento presente es nuestro; no podemos jactarnos del tiempo.

Una vez más, amados amigos jóvenes, hombres o mujeres, amados hombres y mujeres mayores, permitidme suplicaros y rogaros, con toda sinceridad, que busquéis al Señor mientras pueda ser encontrado, y que lo invoquen mientras está cerca. Y tenlo por seguro: Si das - por hablar a la manera de los hombres - un solo paso, es Jesús quien da una docena o cien pasos hacia ti. Él está de pie, por así decirlo, con los brazos abiertos para recibirte. Es el mismo gozo y deleite de Su corazón darte la bienvenida; y, por tanto, no te demores. ¡Oh, te lo ruego y suplico!

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org